

DOSSIER LITERARIO



JANE AUSTEN 2025

1	ORGULLO Y PREJUDICIO	2
	Versión original: <i>Pride and Prejudice</i>	3
2	MANSFIELD PARK	4
	Versión original: <i>Mansfield Park</i>	5
3	SANDITON	6
	Versión original: <i>Sanditon</i>	7
4	LA ABADÍA DE NORTHANGER	8
	Versión original: <i>Northanger Abbey</i>	9
5	PERSUASIÓN	10
	Versión original: <i>Persuasion</i>	11

1. ORGULLO Y PREJUDICIO

«Mientras circulaban en el carruaje, Elizabeth escudriñó ansiosa el paisaje para divisar Pemberley Woods, y cuando por fin llegaron a la casa del guarda y giraron, sintió que el corazón le latía aceleradamente.

El parque era enorme, y estaba formado por zonas muy diversas. Entraron por una de las zonas más bajas y avanzaron en coche a través de un hermoso bosque que se prolongaba durante varios kilómetros, atentos a percibir unos gemidos o el ruido de ramas al partirse, pues corría el rumor de que había aparecido un numeroso tropel de innombrables que acababan de abandonar sus sepulturas.

En la mente de Elizabeth bullían demasiados pensamientos para prestar atención a eso, pero contempló y admiró cada lugar y punto de vista interesante. Ascendieron progresivamente a lo largo de un kilómetro, tras lo cual alcanzaron la cima de un considerable promontorio, donde se acababa el bosque, y vieron de inmediato Pemberley House, situada en el lado opuesto de un valle a través del cual la carretera serpenteaba abruptamente. Era un imponente edificio de piedra, construido al estilo de los suntuosos palacios de Kyoto, detrás del cual se erguía una elevada cadena de colinas boscosas; y delante, un río de cierta importancia que constituía una defensa natural contra un ataque frontal, pero sin mostrar un aspecto artificial. Sus orillas no estaban artificialmente adornadas. Elizabeth estaba encantada. Jamás había visto un lugar tan favorecido por la naturaleza, ni donde la belleza de Oriente estuviera tan poco contrarrestada por el gusto inglés. Todos expresaron con vehemencia su admiración, y en esos momentos Elizabeth comprendió la importancia de ser la dueña y señora de Pemberley.

Bajaron la colina, pasaron a través de los dragones de piedra a ambos lados del puente, y se dirigieron hacia la sólida puerta de jade. Al examinar la casa de cerca, Elizabeth volvió a ponerse nerviosa. Temía que la doncella se hubiera equivocado.»

(Jane Austen. *Orgullo y prejuicio*. Trad. Camila Batlles Vin. Barcelona: Urano, 2009. Cap. 43, p. 235-236)

Versión original: PRIDE AND PREJUDICE

Elizabeth, as they drove along, watched for the first appearance of Pemberley Woods with some perturbation; and when at length they turned in at the lodge, her spirits were in a high flutter.

The park was very large, and contained great variety of ground. They entered it in one of its lowest points, and drove for some time through a beautiful wood, stretching over a wide extent.

Elizabeth's mind was too full for conversation, but she saw and admired every remarkable spot and point of view. They gradually ascended for half a mile, and then found themselves at the top of a considerable eminence, where the wood ceased, and the eye was instantly caught by Pemberley House, situated on the opposite side of a valley, into which the road with some abruptness wound. It was a large, handsome, stone building, standing well on rising ground, and backed by a ridge of high woody hills; –and in front, a stream of some natural importance was swelled into greater, but without any artificial appearance. Its banks were neither formal, nor falsely adorned. Elizabeth was delighted. She had never seen a place for which nature had done more, or where natural beauty had been so little counteracted by an awkward taste. They were all of them warm in their admiration; and at that moment she felt, that to be mistress of Pemberley might be something!

They descended the hill, crossed the bridge, and drove to the door; and, while examining the nearer aspect of the house, all her apprehensions of meeting its owner returned. She dreaded lest the chambermaid had been mistaken.

(Jane Austen. *Pride and Prejudice*. London: T. Egerton, 1813. Vol. III, chpt. I)

2. MANSFIELD PARK

«La niña realizó el largo viaje sin problemas y fue recibida en Northampton por la señora Norris, la cual se pudo así regodear del mérito de haber sido la primera que le diese la bienvenida y de la importancia de conducirla ante la presencia de los otros e interceder ante ellos para que la acogiesen con toda su benevolencia.

Por aquel entonces Fanny Price acababa de cumplir diez años, y aunque a primera vista no se percibiese nada en ella que resultara muy cautivador, al menos tampoco había nada que pudiese desagradar a sus parientes. Era más pequeña de lo normal para su edad y no tenía una tez radiante ni ningún otro rasgo de gran belleza, además de ser extremadamente tímida y retraída e intentar siempre pasar desapercibida; pero su aire, aunque torpe, no era vulgar, poseía una voz dulce y, cuando hablaba, su semblante adquiría una expresión agradable. Sir Thomas y lady Bertram la recibieron con gran amabilidad, y él, al percatarse de lo mucho que la niña necesitaba que la animasen a hablar, intentó comportarse del modo más conciliador posible, aunque para ello no pudiera prescindir del porte serio que lo caracterizaba y que no facilitaba las cosas, de manera que lady Bertram, sin tomarse la mitad de molestias y diciendo sólo una palabra por cada diez de su marido, con la mera ayuda de su amigable sonrisa se convirtió de inmediato para la niña en el personaje menos terrible de los dos.

Los hijos de la familia estaban todos en casa y llevaron muy bien la parte que les tocaba del recibimiento, con buen humor y sin mostrarse azorados, al menos por lo que respectaba a los varones, los cuales, a los diecisiete y dieciséis años, y siendo altos para su edad, mostraron a los ojos de su pequeña prima todo el esplendor de unos hombres hechos y derechos. Las dos chicas parecieron más desconcertadas al principio por ser más jóvenes y tener más miedo a su padre, el cual se dirigió a ellas en esa ocasión en un tono bastante exigente que no contribuyó a que se relajasen. No obstante, como estaban muy acostumbradas a relacionarse con gente y a ser objeto de halagos, no eran de natural retraídas, y sintiéndose más seguras de sí mismas conforme fueron comprobando la absoluta falta de seguridad de su prima, pronto estuvieron en condiciones de poder examinar detenidamente el rostro y el vestido de ésta con actitud relajada e indiferente.»

(Jane Austen. *Mansfield Park*. Trad. Miguel Ángel Pérez Pérez. Madrid: Alianza, 2013, cap. 2, p. 19-20)

Versión original: MANSFIELD PARK

The little girl performed her long journey in safety; and at Northampton was met by Mrs. Norris, who thus regaled in the credit of being foremost to welcome her, and in the importance of leading her in to the others, and recommending her to their kindness.

Fanny Price was at this time just ten years old, and though there might not be much in her first appearance to captivate, there was, at least, nothing to disgust her relations. She was small of her age, with no glow of complexion, nor any other striking beauty; exceedingly timid and shy, and shrinking from notice; but her air, though awkward, was not vulgar, her voice was sweet, and when she spoke her countenance was pretty. Sir Thomas and Lady Bertram received her very kindly; and Sir Thomas, seeing how much she needed encouragement, tried to be all that was conciliating: but he had to work against a most untoward gravity of deportment; and Lady Bertram, without taking half so much trouble, or speaking one word where he spoke ten, by the mere aid of a good-humoured smile, became immediately the less awful character of the two.

The young people were all at home, and sustained their share in the introduction very well, with much good humour, and no embarrassment, at least on the part of the sons, who, at seventeen and sixteen, and tall of their age, had all the grandeur of men in the eyes of their little cousin. The two girls were more at a loss from being younger and in greater awe of their father, who addressed them on the occasion with rather an injudicious particularity. But they were too much used to company and praise to have anything like natural shyness; and their confidence increasing from their cousin's total want of it, they were soon able to take a full survey of her face and her frock in easy indifference.

(Jane Austen. *Mansfield Park*. London: T. Egerton, 1814. Chpt. II)

3. SANDITON

«Un caballero y una dama viajaban por motivos de negocios desde Tonbridge, esa región de la costa de Sussex que se encuentra entre Hastings y Eastbourne, y en algún punto tuvieron que dejar el camino principal y tomar una intrincada vereda que de pronto se alzó en una pendiente llena de pedruscos y de arena floja, lo que hizo que el carruaje se volcara. El accidente ocurrió justo al pasar la única casa grande que se encontraba a la vista desde la vereda y a la que ellos súbitamente habían pedido al cochero que se dirigiera, pensando que aquella casa debía ser precisamente el objeto de su búsqueda, y no deseaban de ninguna manera pasar de largo. El cochero había soltado un gruñido y encogido los hombros en señal de queja, al tiempo que castigaba a sus caballos y los tiraba en corto para que detuvieran su trote, lo que causó el fatídico viraje, e hizo la maniobra con tal brusquedad que uno podría pensar que lo había hecho a propósito (tomando en cuenta que el carruaje no era suyo); sin embargo, hay que considerar que el camino realmente había presentado las dichas características en el momento en que el carruaje rebasaba la casa en cuestión, por lo que, vistas las cosas de manera racional, solamente una calesa ligera podría haber librado aquel escollo al ser manipulada como se hizo. Afortunadamente, el percance no fue tan severo, y ello a causa de la lentitud del carruaje y de la estrechez del camino. El caballero salió rodando fuera del vehículo, pero rápidamente se incorporó y fue a auxiliar a su compañera; dándose cuenta ambos, en principio, de que no habían sufrido heridas, sino solamente algunas magulladuras, aparentemente sin importancia; sin embargo, el caballero se había falseado un pie en el proceso de incorporarse y pronto comenzó a sentir un fuerte dolor, lo que lo obligó a suspender sus intenciones de ir a regañar al cochero, o ayudar a la compostura de su mujer, y sentarse en un promontorio a la vera del camino, sintiéndose incapacitado para caminar.»

(Jane Austen. "Sanditon", *Lady Susan. Los Watson. Sanditon*. Trad. Roberto Mares. México: Tomo, 2012, p. 215-216)

Versión original: SANDITON

A gentleman and a lady travelling from Tunbridge towards that part of the Sussex coast which lies between Hastings and Eastbourne, being induced by business to quit the high road and attempt a very rough lane, were overturned in toiling up its long ascent, half rock, half sand.

The accident happened just beyond the only gentleman's house near the lane — a house which their driver, on being first required to take that direction, had conceived to be necessarily their object and had with most unwilling looks been constrained to pass by. He had grumbled and shaken his shoulders and pitied and cut his horses so sharply that he might have been open to the suspicion of overturning them on purpose (especially as the carriage was not his master's own) if the road had not indisputably become worse than before, as soon as the premises of the said house were left behind — expressing with a most portentous countenance that, beyond it, no wheels but cart wheels could safely proceed.

The severity of the fall was broken by their slow pace and the narrowness of the lane; and the gentleman having scrambled out and helped out his companion, they neither of them at first felt more than shaken and bruised. But the gentleman had, in the course of the extrication, sprained his foot; and soon becoming sensible of it, was obliged in a few moments to cut short both his remonstrances to the driver and his congratulations to his wife and himself and sit down on the bank, unable to stand.

(Jane Austen. *Sanditon*. Boston: Houghton Mifflin, 1975 [1817]. Chpt. I)

4. LA ABADÍA DE NORTHANGER

«A partir de allí, cada día trajo consigo nuevas ocupaciones y deberes: visitas a las tiendas, paseos por nuevas partes de la ciudad para ser observadas y excursiones a la sala de máquinas del balneario, donde las dos amigas pasaban el rato mirando a todo el mundo, pero sin hablar con nadie. La señora Allen insistía en la conveniencia de formar un círculo de amistades y hacía alusión a ello cada vez que se percataba de cuán grandes eran las desventajas de no contar con un solo conocido o amigo entre tanta gente.

Cuando hicieron su aparición en los Salones Inferiores, la fortuna se puso del lado de nuestra heroína, presentándole, a través del maestro de ceremonias, a un apuesto joven llamado Tilney. Parecía tener unos veinticuatro o veinticinco años, era de estatura elevada, agradable semblante, mirada inteligente y, en conjunto, no era guapo, pero se acercaba a ello. Sus modales eran los de un perfecto caballero y Catherine no pudo menos que felicitarse de que la suerte le hubiera deparado tan grata pareja. Ciertamente que mientras bailaban apenas les fue posible conversar, pero cuando se sentaron a tomar el té, tuvo ocasión de convencerse de que aquel joven era tan encantador como su apariencia la había inducido a suponer. Hablaba con tal fluidez y entusiasmo de los asuntos que se le antojó tratar que Catherine sintió un interés que no pudo disimular, y eso que muchas veces no llegaba a comprender ni una palabra de lo que decía.»

(Jane Austen. *La abadía de Northanger*. Trad. Rosa Gómez Aquino. Buenos Aires: Lea, 2023. Cap. III, p. 21)

Versión original: NORTHANGER ABBEY

Every morning now brought its regular duties—shops were to be visited; some new part of the town to be looked at; and the Pump-room to be attended, where they paraded up and down for an hour, looking at everybody and speaking to no one. The wish of a numerous acquaintance in Bath was still uppermost with Mrs. Allen, and she repeated it after every fresh proof, which every morning brought, of her knowing nobody at all.

They made their appearance in the Lower Rooms; and here fortune was more favourable to our heroine. The master of the ceremonies introduced to her a very gentlemanlike young man as a partner; his name was Tilney. He seemed to be about four or five and twenty, was rather tall, had a pleasing countenance, a very intelligent and lively eye, and, if not quite handsome, was very near it. His address was good, and Catherine felt herself in high luck. There was little leisure for speaking while they danced; but when they were seated at tea, she found him as agreeable as she had already given him credit for being. He talked with fluency and spirit—and there was an archness and pleasantry in his manner which interested, though it was hardly understood by her.

(Jane Austen. *Northanger Abbey*. London: John Murray, 1818. Chpt. 3)

5. PERSUASIÓN

«Había estado fervientemente enamorado, y no había conocido a ninguna mujer como ella; sin embargo, salvo cierto impulso natural de curiosidad, no tenía ningún deseo de volverla a ver. Anne había perdido para siempre su atractivo para él.

Ahora su propósito era casarse. Era rico, y puesto que había desembarcado, tenía la intención de echar raíces en cuanto fuera debidamente tentado, y en la actualidad miraba a su alrededor, dispuesto a enamorarse todo lo de prisa que su cabeza despierta y su gusto vivo permitieran. Tenía el corazón al alcance de cualquiera de las señoritas Musgrove, con tal que lo supieran pescar; o sea, al alcance de cualquier encantadora joven que se cruzó en su camino, excepto Anne Elliot. Ésta era la única y secreta excepción cuando dijo a su hermana, en respuesta a sus suposiciones:

– Sí, aquí estoy, Sophia; completamente dispuesto a casarme como un tonto. No tiene más que pedírmelo cualquier mujer entre los quince y los treinta. Un poco guapa, unas pocas sonrisas y unos pocos cumplidos a la Armada, y me tendrá en el bote. ¿No es eso suficiente para hacer feliz a un marino que no ha tenido ninguna relación con las mujeres?

Ella sabía que lo decía para que le contradijese. Sus ojos brillantes y orgullosos delataban el convencimiento de que era simpático; y no estaba Anne Elliot muy lejos de su pensamiento cuando, más serio, describió a la mujer con la que quería unirse. «Un espíritu fuerte, con dulzura de carácter», fueron lo primero y lo último de esa descripción.

– Ésa es la mujer que quiero –dijo–. Si estuviera algo por debajo de ese nivel, me conformaría; pero no ha de ser mucho. Si cometo una estupidez, es que soy un rematado estúpido, porque le he dado más vueltas al asunto que la mayoría de los hombres.»

(Jane Austen. *Persuasion*. Trad.: Francisco Torres Oliver. Barcelona: Alba, 2014. Cap. 7)

Versión original: PERSUASION

He had been most warmly attached to her, and had never seen a woman since whom he thought her equal; but, except from some natural sensation of curiosity, he had no desire of meeting her again. Her power with him was gone for ever.

It was now his object to marry. He was rich, and being turned on shore, fully intended to settle as soon as he could be properly tempted; actually looking round, ready to fall in love with all the speed which a clear head and a quick taste could allow. He had a heart for either of the Miss Musgroves, if they could catch it; a heart, in short, for any pleasing young woman who came in his way, excepting Anne Elliot. This was his only secret exception, when he said to his sister, in answer to her suppositions: —

“Yes, here I am, Sophia, quite ready to make a foolish match. Anybody between fifteen and thirty may have me for asking. A little beauty, and a few smiles, and a few compliments to the navy, and I am a lost man. Should not this be enough for a sailor, who has had no society among women to make him nice?”

He said it, she knew, to be contradicted. His bright proud eye spoke the conviction that he was nice; and Anne Elliot was not out of his thoughts, when he more seriously described the woman he should wish to meet with. “A strong mind, with sweetness of manner,” made the first and the last of the description.

“That is the woman I want,” said he. “Something a little inferior I shall of course put up with, but it must not be much. If I am a fool, I shall be a fool indeed, for I have thought on the subject more than most men.”

(Jane Austen. *Persuasion*. London: John Murray, 1818. Chpt. VII)